

Naturaleza y crisis del capitalismo

Presentación del dossier

Franklin Ramírez y Hugo Jácome¹

Profesores FLACSO-Ecuador

El mundo vive desde fines del 2007 una de las peores crisis económicas de su historia. De hecho, varios investigadores la han comparado, dada su profundidad, con el desplome de las bolsas de valores de 1929. El proceso comenzó a decantarse con la crisis en el mercado de alimentos atada al vertiginoso incremento de los precios del petróleo. Luego, durante el 2008, con la explosión de la inmensa burbuja especulativa creada en los mercados bursátiles norteamericanos, principalmente en el mercado inmobiliario. Sus efectos se expandieron por todo el mundo a través de los sistemas financieros y las bolsas de valores, llegando a golpear duramente la economía real de casi todos los países, tanto como a sus sociedades. A inicios del año 2009, un escenario de recesión sistémica parecía claramente dibujado en el horizonte de la economía global.

El año 2009 se presentó, así, con augurios poco optimistas. Múltiples economistas anticiparon incluso la instauración de un proceso depresivo a escala global. No por casualidad el premio Nobel de economía (1970) Paul Samuelson señaló que “la crisis de Wall Street ha sido para el fundamentalismo de mercado lo que la caída del muro de Berlín fue para el comunismo”. Dicha interpretación obliga a superar las lecturas unidimensionales concentradas en el problema de las efervescencias financieras e hipotecarias de la economía neoliberal e invita a tener presente que la actual crisis económica tiene una serie de facetas que no se agotan en el ámbito financiero.

¿Se trata, así, de una crisis que, una vez más, revela en toda su dimensión los problemas estructurales del capitalismo? O, ¿estaríamos, más bien, ante una crisis que supone sólo el fin de la fase neoliberal de acumulación capitalista? Hasta el momento, las interpretaciones sobre la naturaleza de la crisis han sido diversas y contradictorias. Al término de la reunión del G-20 en Londres (abril 2009) –donde se esbozó la primera gran agenda global de respuesta a la vigente crisis– Gordon Brown, el Premier británico, dijo que “el consenso de Washington está superado” y que en Londres se ponían las bases para una nueva forma de globalización. En este nuevo momento, según los acuerdos del G-20, se reafirma la responsabilidad de los Estados para gestionar los flujos globales y para evitar que las operaciones especulativas de enormes dimensiones continúen dominando los mercados.

Ha tenido que producirse una crisis catastrófica del sistema financiero mundial, advierte M. Castells, para que las llamadas de atención que hasta hace poco se descartaban por ideológicas se hayan convertido en materiales de reflexión para la reconstrucción de la economía mundial. Muchos dudan, sin embargo, de los reales alcances de los acuerdos de Londres. ¿Estamos, efectivamente, ante un “nuevo consenso” sobre las reglas de regulación y funcionamiento del capitalismo global? ¿O se trata, acaso, de una mera reconfiguración de las bases geo-políticas –el G-7 debió ampliarse e incorporar a las nuevas potencias económicas del Sur, en tanto el FMI sale fortalecido de la crisis– para el re-lanzamiento, con ligeros ajustes, y la re-legitimación del

¹ Los coordinadores agradecen a Alberto Acosta por su colaboración en la construcción del *dossier* y por la lectura atenta de esta presentación.

mismo orden comercial y financiero? Si es así, ¿cuáles son las bases y las implicaciones geo-políticas que un tal acuerdo anuncia?

El trabajo de Francisco Luiz Corsi, publicado en el presente *dossier*, plantea precisamente que la vigente crisis abre algunas posibilidades de reconfiguración política de la economía mundial y de re-emplazamiento de sus polos más dinámicos. No se descarta que el centro del capitalismo empiece a desplazarse hacia Asia y en particular hacia China. Esta hipótesis debe ser, sin embargo, relativizada debido al peso considerable que tienen las exportaciones en la economía china: la crisis mundial haría vulnerable tal estrategia. La disminución de sus exportaciones, a pesar de las medidas anti-cíclicas del gobierno, aceleraría los problemas sociales del país, acentuaría el cuadro de exceso de capacidad productiva e invitaría a tener más sigilo con respecto a la tesis de una recuperación de la economía mundial.

Aunque esto apunta a no descartar del todo la posibilidad de una recomposición de la hegemonía norte-americana, es indudable que el polo de acumulación centrado en China va a tener, en el marco de la crisis, mayores márgenes de autonomía. La fortaleza económica no supone, sin embargo, capacidad de liderazgo político, ideológico y militar. El modelo chino de industrialización es depredador del medio ambiente y explotador de la fuerza de trabajo. En los países del Sur y a nivel global no parece probable que tales factores generen entusiasmo y nuevas líneas de articulación geo-política en su torno. La tesis de la multipolaridad del nuevo orden internacional no debe ser descartada. De ahí que las aún contingentes formas de resolución de la crisis serán determinantes en la reorganización del poder global.

Justamente, el texto de José María Tortosa encara el problema del cambio de correlación de fuerzas y de hegemonía a escala global como un aspecto que podría desembocar en un aumento de las expresiones de violencia, mucho más difusas y poco convencionales a las conocidas hasta hoy. Desde una perspectiva multidimensional (económica, ambiental, alimentaria y energética), el autor procura vincular el escenario de crisis sistémica y multifacética de la economía global con la reproducción de diferentes formas de violencia en las sociedades del Norte y del Sur del globo.

Al mirar las repercusiones de la crisis desde América Latina cabe preguntar, por otro lado, cuáles son los específicos efectos que se ciernen sobre sus economías y, de modo más concreto, sobre la posibilidad de los gobiernos progresistas de la región para continuar en la puesta en juego de una agenda posneoliberal y heterodoxa en materia de políticas de desarrollo para sus naciones. Particular atención merece al respecto el problema de las articulaciones entre tales estrategias de desarrollo y una vía de integración comercial que sigue definida por las exportaciones de materias primas. La crisis global puede presionar de modo aún más decisivo sobre el reforzamiento de tales lógicas y producir complejas consecuencias sobre el equilibrio de los ecosistemas, perpetuar los esquemas convencionales de apropiación de la naturaleza y prolongar una integración subordinada de los países latinoamericanos en la economía global.

Las crisis del capitalismo –y los modos de procesarlas– han sido teorizadas como consustanciales a su evolución y a su misma dinámica de legitimación política (Boltansky y Chapiello 2000). Su articulación permanente con una crisis ecológica de consecuencias cada vez menos reversibles aparece, sin embargo, como un campo de debate de particular importancia; en especial, a la hora que el reconocimiento de los efectos sistémicos de dicha crisis abre el campo de opciones políticas para un *más-allá* del reformismo dentro de las mismas dinámicas de acumulación del capital.

No parece una casualidad, en este sentido, que la convocatoria de Íconos haya tenido eco, sobre todo, en aquellos investigadores ocupados en observar las articulaciones entre las dimen-

siones propiamente económico-financieras de la crisis y aquellas que corresponden a los límites ambientales de la reproducción del capitalismo. El énfasis que tales textos han puesto en observar los complejos efectos –cambio climático, calentamiento global, desigualdades y conflictos ambientales– de dichas articulaciones en el Sur del globo configuraría una específica problemática a la hora de entender la crisis económica desde la perspectiva de los países latinoamericanos.

En efecto, los textos de Julianne Hazlewood, Ignacio Sabbatella y Eduardo Gudynas se concentran, desde diversas perspectivas, en el estudio de las contradicciones entre capitalismo y naturaleza. Aunque sin reconocer plenamente que en las bases del pensamiento marxista y en los modelos clásicos del socialismo se encontraba la idea de una sociedad con recursos ilimitados (la hipótesis de la abundancia) –lo que dio lugar a lo que Félix Ovejero Lucas (2005) denomina la indiferencia ética o la falta de reflexión moral en los clásicos de la tradición crítica– el trabajo de Sabbatella bebe de la tradición marxista para recuperar la crítica del fetichismo de las mercancías, no solo en la relación capital-trabajo, sino también en la relación capital-naturaleza. Este autor presta atención a los efectos de la desregulación neoliberal de los mercados de bienes naturales y de la privatización de las empresas públicas que los administraban. Al traspasar al mercado una de las funciones fundamentales de la regulación de las condiciones de producción, no solo que se resquebrajan los controles y modos de protección del medioambiente, sino que se acelera la tendencia a la subsunción real de la Naturaleza al capital. Dicho movimiento abre una serie de inéditas tensiones para la reproducción ampliada del capital en la medida que genera un conjunto de nuevas desigualdades ambientales –desigualdad en el acceso a y el control de los bienes naturales, y la desigualdad en el acceso a un ambiente sano (ambas en detrimento de los más débiles en los países del Sur)– que a su vez serían el motor para nuevas formas de conflictividad y movilización social: conflictos ecológico-redistributivos en palabras de Martínez Alier (2005).

Julianne A. Hazlewood, a través de un estudio de caso sobre la ampliación de las fronteras de la explotación de palma aceitera y agrocombustibles en San Lorenzo (Esmeraldas-Ecuador), enfatiza en las contradicciones generadas por el interés de los países del Norte global por conciliar, en medio de la crisis, el sostenimiento del desarrollo industrial y la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero. La imposibilidad geográfica y ambiental de tales países para producir agrocombustibles ha incrementado su demanda para que en las zonas tropicales del Sur se extienda, a gran escala, la producción de caña de azúcar y palma aceitera; monocultivos que remplazan aceleradamente los bosques y demás medios de subsistencia de las comunidades locales. Para la autora dicho escenario reitera prácticas coloniales europeas que se fundan en un empeño por sostener el crecimiento industrial. Se trata de una re-articulación del colonialismo y el capitalismo en momentos en que emergen y se discuten agendas para modificar los patrones que generan el cambio climático y la degradación ambiental. Con la ingeniosa expresión de *CO₂lonialismo*, el texto enfatiza en la importancia que espacios marginales como San Lorenzo han cobrado a la hora de ensayar dicha rearticulación, pero a su vez advierte sobre la necesidad de observar las prácticas de los actores locales (comunidades afro-ecuatoriana, chachi, y awá) como lugares de resistencia y contestación a las falaces soluciones de los problemas ambientales.

En similar perspectiva, Eduardo Gudynas señala que en medio de la aguda crisis económica y ambiental del globo cabía esperar que, al menos en los países con gobiernos progresistas en América del Sur, se esbochen respuestas más radicales a la matriz convencional de desarrollo extractivista. Ello no ha sucedido así. Más allá de cuestionamientos y propuestas sobre la nece-

sidad de una nueva arquitectura financiera internacional, dichos gobiernos parecen estar sujetos a lo que el autor denomina, retomando una expresión bastante divulgada, una *ideología del progreso*. El retorno del Estado y su mayor participación en diversos segmentos estratégicos de la economía, ligado a metas redistributivas más ambiciosas –algo que dibuja parte del contorno posneoliberal de sus agendas–, no hace desaparecer el problema de mayor envergadura sobre la continuidad de los estilos y modos de desarrollo, signados por los afanes de crecimiento económico. Así, El progresismo sudamericano apenas habría reparado y vuelto más benévolo el viejo capitalismo. Gudynas esboza, por su parte, un conjunto de medidas que modifiquen las formas de apropiación de la Naturaleza, la externalización y socialización de los impactos ambientales y la misma inserción subordinada en la economía global. Para lograr tales propósitos se requiere de un cambio ético sustancial que propicie nuevas valoraciones económicas sobre la sociedad y la naturaleza: pasar del antropocentrismo al biocentrismo como forma ideológica fundamental para la superación del capitalismo.

Las lecturas de la crisis desde la ecología política apuntan a transformaciones de largo plazo en las bases éticas, culturales y civilizatorias de las relaciones sociales. Por su parte, aquellos análisis concernidos con la exploración de las causas y los encadenamientos políticos, institucionales y económicos de la vigente debacle de la economía de mercado tienden, más bien, a indagar en las formas en que se ha configurado el sistema económico en las últimas tres décadas y en las posibilidades reales que tiene la economía global para superar dicha debacle. El texto de Pierre Salama plantea, en este último sentido, que los orígenes de la crisis deben ser rastreados menos en las disfunciones de los mercados financieros internacionales de los países industrializados y más en los procesos de desregulación financiera y comercial y en sus impactos en los regímenes de crecimiento. En efecto, el entrelazamiento de los efectos de las globalizaciones comercial y financiera ha permitido que los mercados se auto-regulen dejando de lado cualquier opción para que los Estados conduzcan una política industrial. En un reciente artículo, J. Stiglitz, premio Nobel de economía de 2001, señalaba igualmente que “[...] la mayoría de los errores individuales se reducen a sólo uno: la creencia en que los mercados se ajustan solos y que el papel del gobierno debiera ser mínimo” Stiglitz (2009).

La globalización como una oleada de políticas des-regulacionistas ha repercutido en la debilidad de los salarios, la pérdida de competitividad de las empresas industriales, la des-industrialización relativa de las economías de los países industrializados y la tendencia a un fuerte estancamiento del crecimiento de su PIB. Tal enfoque de la globalización ha incentivado un campo de opciones donde las formas de sostener el sistema están más bien ligadas al desarrollo incontrolado de productos financieros sofisticados y al endeudamiento de los hogares más allá de sus capacidades reales de pago. Aún reconociendo que la naturaleza de las actividades financieras no es siempre parasitaria, Salama apunta que desde los años 90 tomó auge el lado oscuro de la “financierización” de la economía, a saber, aquel que permite que el sistema financiero se desarrolle a expensas del sector productivo e incluso que tienda a autonomizarse de él. Si bien los efectos de este proceso son diferentes entre los países industrializados y las economías emergentes, parece claro que su repercusión común es la imposición de límites desde el sistema financiero hacia las empresas, bajo la forma de elevadas tasas de beneficio, gran retribución a sus accionistas y muy alta remuneración a los capitales prestados.

No parece casual, en este sentido, que aún luego de los peores efectos de la crisis y en medio de una cierta recuperación de la economía global en el segundo semestre del 2009, dicha tendencia parezca profundizarse: la inyección masiva de liquidez en el sistema financiero –propiciada como parte de los acuerdos del G-20– no estuvo dirigida a la reactivación de créditos para

la industria y el comercio sino para la inversión bancaria en los mismos mercados financieros. Las lecciones que dejó la crisis no parecen haber sido aún internalizadas. Por ello –concluye Salama– más que la transparencia y la simplificación de los productos y de la arquitectura financiera, la superación sostenible de la crisis requiere transformar a gran escala la desregulación financiera y comercial. Ello es, ante todo, un asunto de voluntad y conflicto político.

Bibliografía

- Boltansky, L. y Chapiello, E., 2000, *Le nouvel esprit du capitalisme*, Gallimard, Paris.
- Martínez Alier, J., 2005, “Los conflictos ecológico-redistributivos y los indicadores de sustentabilidad”. Disponible en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=22206>.
- Ovejero Lucas, F., 2005, *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*, Tusquets, Barcelona.
- Stiglitz, Joseph, 2009, “Capitalist Fools”, *Vanity Fair*, January. Disponible en: <http://www.vanityfair.com/magazine/2009/01/stiglitz200901>